

Revueltas, el endemoniado

Leopoldo Zea

En mi ya lejana mocedad, por los treinta, años difíciles para el México que se estaba gestando en un baño de sangre, oí hablar de un joven, dos años menor que yo, de nombre José Revueltas. Este joven había sido procesado cuando aún no cumplía los quince años, acusado de rebelión, sedición y motín, y enviado a un reformatorio. Cinco años después, a los veinte, se lo traslada a las Islas Mariás, terrible penal en el Pacífico. Revueltas se había afiliado al Partido Comunista, por entonces bajo la clandestinidad impuesta por los gobiernos de una Revolución en vías de institucionalización. Este rebelde y lucífero joven tampoco tendría cabida en el orden del partido al que se había incorporado. Me interesaba y preocupaba la existencia de Revueltas, ya que también buscaba salida a inquietudes que no encontraban estímulo en las opciones que en aquel entonces se presentaban. Como Revueltas, me sentía atraído por el Partido Comunista, había leído con relativa comprensión a Marx y Engels y otros autores en la edición de los Clásicos Bergua que llegaban de España. Todo en una mescolanza de lecturas que iban de Emilio Salgari a Homero, pasando por Dumas y Zevaco. Sabía todo lo que podía saberse sobre la Revolución Rusa iniciada en 1917, sabía de sus héroes, de Lenin y de Trotsky. Por ello fue grande mi sorpresa y desilusión cuando se presentó en el Anfiteatro Simón Bolívar Octubre, de Einsenstein. Allí escuché gritos de «¡Viva Stalin!» «¡Muera Trotsky!» ¿Habría entonces que hacerse trotskista, ya que Stalin me era un absoluto desconocido? Asistí a una reunión de trotskistas bajo la presidencia de Diego Rivera, la que terminaría a balazos al aire cuando se presentó a la reunión otro gran artista, el estalinista David Alfaro Siqueiros. Fue dentro de estas experiencias que supe de la existencia de ese

joven llamado José Revueltas, miembro de una familia de artistas también difíciles de captar por partido y doctrina algunos.

Entre las lecturas que más me apasionaban se encontraban las novelas de Fedor Dostoievski, con sus héroes malditos, perseguidos por ellos mismos, que luchaban sin cesar por algo que parece imposible como la salvación de los otros. Cristos azotados, llagados y crucificados en un dolor infinito. Extraños Cristos que más parecían enviados por Lucifer que por el omnipotente Dios creador del todo ordenado de la nada. Protagonistas endemoniados, como llama el propio Dostoievski a los antihéroes de sus dramáticas novelas. Posiblemente algo que me hacía admirar al todavía desconocido personalmente por mí José Revueltas. En reciente lectura de unos hermosos ensayos de Eugenia Revueltas, su ilustre sobrina, me quedó clara esta admiración. La obra y vida del novelista ruso se asemejan mucho a la vida y obra del novelista mexicano. Ambos han hecho de sus infernales experiencias propias, del infierno que no hay que buscar en los abismos, la materia de su obra. Una obra molesta para quienes busquen lo rosado de una imaginación sin problemas. De este infierno en la tierra surge el cuento de Revueltas «El quebranto», recogido en Dios en la Tierra (1944), que reflejó los recuerdos del joven de quince años internado en un reformatorio. Muros de agua, de 1941, expone la experiencia en el penal de las Islas Mariás. A éstas siguen El luto humano, en 1943, y en 1949 Los días terrenales, obra que provoca la violenta reacción del partido en el que milita con el enojo y condena del poeta chileno Pablo Neruda. Revueltas es expulsado del Partido Comunista pero forma una nueva organización, la «Liga Leninista Espartaco». Más allá de Marx, más allá de Lenin, llevando como nombre el del caudillo que dirigió la gran rebelión de los esclavos contra el Imperio Romano. El luciferino José Revueltas se enfrenta así al orden, cualquiera que fuese su justificación, en la medida en que anula al hombre y lo domestica.

Dostoievski, en su Discurso sobre Puschkin, de 1880, exponía el sentido de su propia obra, el sentido que explicaba que el pueblo ruso fuese un pueblo sufrido, haciendo de su supuesta sumisión rebeldía. Un pueblo destinado a salvar a la humanidad por su propio y concreto sufrimiento: «Digo tan sólo que de todos los pueblos de Europa es el pueblo ruso el más capacitado para recoger la idea de la unión de todos los hombres, del amor al prójimo, del juicio imparcial que perdona lo hostil, distingue y disculpa lo diverso y concilia las antítesis». Pero ¿cómo este pueblo pobre y sufrido puede dar a las naciones la palabra que concilie la diversidad de sus intereses? ¡Por el sufrimiento! Rusia tendrá que sufrir por los otros. ¿Acaso no era también pobre Cristo? Su riqueza redentora la obtuvo por el sufrimiento. Mesianismo luciferino, porque va contra el orden divino que hace del hombre instrumento de metas que le son extrañas, como se hace expreso en la obra del escritor ruso, considerado, por lo

mismo, como un reaccionario y por reaccionario como un contrarrevolucionario cuando la revolución hecha por el pueblo se institucionalizó. En este sentido recuerdo mi plática con un grupo de escritores soviéticos en Moscú, en la que uno de ellos dijo: «¡Hicimos la revolución y sufrimos con ella para que la libertad y la justicia se extendiesen a toda la humanidad! ¡Y mire qué es lo que hemos hecho: una gran potencia!».

Revueltas conoce, admira, ama a Dostoievski; al comentarlo parece comentarse a sí mismo. Reconoce en el escritor ruso al hombre de las contradicciones porque el hombre, por serlo, no puede estar sometido a un orden que lo descalifica como tal. Se refiere a Dostoievski como «ese ser extraordinario». «Son las contradicciones crueles —agrega— los amores satánicos y desdichados, el continuo quebranto y el pecado. Una de esas contradicciones es aquella que radica en el propio Dostoievski como hombre, como ser social, como individuo simple y en funciones. ¿Por qué sus ideas políticas —se pregunta— estaban en tan franca contradicción con su obra?» Estas contradicciones son las propias del hombre que no puede dejar de ser hombre; por ello no son comprendidas por militantes como el gran poeta Pablo Neruda, que se desgarró las vestiduras ante la crítica que hace Revueltas al partidismo sin militancia, de simple consigna. Los días terrenales causa el anatema. «De hoy en adelante —escribe Neruda— el apellido Revueltas no es uno. Silvestre, el músico, es el Revueltas del pueblo, que el pueblo recordará como uno de los defensores y amigos. Pepe, el escritor, es el Revueltas de la parte más corrompida de la sociedad. La odia, pero en el fondo intenta desarmarla contra ella, pero en el fondo es su avergonzado apóstol.» Frente al anatema, la respuesta. Recuerda Eugenia Revueltas la que diera el propio Dostoievski a quien le preguntaba «¿Quién le ha dado a usted derecho para hablar en nombre del pueblo?». El escritor, por toda respuesta, mostró las huellas de las cadenas que arrastró por años en Siberia. Las huellas del sufrimiento que sabía era también el de su pueblo, el pueblo en nombre del cual hablaba: «He aquí mis derechos», contestó.

José Revueltas se identifica con los personajes endemoniados de Dostoievski. Como el escritor ruso, sabe que la vía a la verdad que está en el pueblo es el sufrimiento. Sólo el hombre que sabe sufrir por otros y acepta el sufrimiento para tener el derecho de remitir a otros hombres puede comprender a su pueblo. «Decía Dostoievski —escribe Revueltas—, a quien cada día amo más, que para él no hay nada más fantástico que la realidad.» Pero para poder ver esa realidad «necesitamos vivir en medio de la exaltación y el sufrimiento. Hay que sufrir ahora por los demás. Entender que el artista en esta sombría etapa de la historia no puede ser sino un sacrificado, un ser que llora todas las lágrimas que no quiere que lloren los demás». Dostoievski, como Revueltas, había sufrido encadenamiento, prisiones, tormentos y la repulsa de quienes, olvidando al hombre, sólo pensaban en sistemas sustitutivos para encasillarlo.

A José Revueltas lo conocí personalmente a mediados de los años treinta, por otros amigos tan «locos» como él y por ello igualmente difíciles de encasillar, como Pepe Alvarado y Salvador Toscano. Nuestro encuentro fue difícil, porque fue un encuentro de retraídos. Sin embargo los gestos, las pocas pero contundentes palabras, fueron suficientes. Mi admiración creció por este endemoniado personaje de nuestra cultura. En 1951 se pusieron en marcha varias conferencias sobre el ser y la cultura del mexicano, en las que se formó el grupo filosófico Hiperión. Revueltas fue invitado a dar una conferencia, lo que aceptó con mucho entusiasmo. Tartamudeó algunas palabras y, poniendo la cabeza sobre la mesa de la conferencia, empezó a dormir profundamente. No necesitaba palabras; la gente, sorprendida, le dedicó una ovación. En 1968, poco tiempo antes de que empezase la tragedia que culminó en la matanza de Tlatelolco, José Revueltas se presentó a mi curso sobre Filosofía de la Historia. Quería hablar a los estudiantes acerca de la Revolución de Mayo en Francia y de lo que ella representaba para el futuro del hombre que debía romper toda clase de cadenas. Respetuosamente me preguntó sobre qué estaba hablando; le respondí que sobre la interpretación de la historia de Hegel. Le interesó mucho y me pidió continuase, para luego participar en las preguntas hechas por los estudiantes dando su propio enfoque a la historia y pidiendo a los estudiantes liberarse para poder liberar a su pueblo. Les habló de la cogestión, de la participación y no ya del simple asentamiento de lo expuesto por el maestro. Pocas semanas después empezó el movimiento que terminaría en tragedia. Revueltas fue, una vez más, apresado por cargos semejantes a los anteriores. Desde Lecumberri hacía llegar sus proclamas. Junto con Revueltas pasaron a la cárcel, al destierro o a la mortaja otros mexicanos. Una vez más había que sufrir por el sufrido pueblo mexicano. El cambio de gobierno permitió la amnistía de los encarcelados. José Revueltas salió de la cárcel. Lo encontré, hablé con él. El que salía entonces era una figura físicamente escapada de la imaginación de Dostoiévski, un hombre de pelo blanco y aguda barba que podía ser la de un anarquista ruso y un endemoniado dostoiévskiano, difícil de someter por ser hombre que se niega a dejar de ser hombre. Fue ésta la última imagen que me dejó José Revueltas.